



CORONAVIRUS: EL SESGO DE GÉNERO EN EL CUIDADO

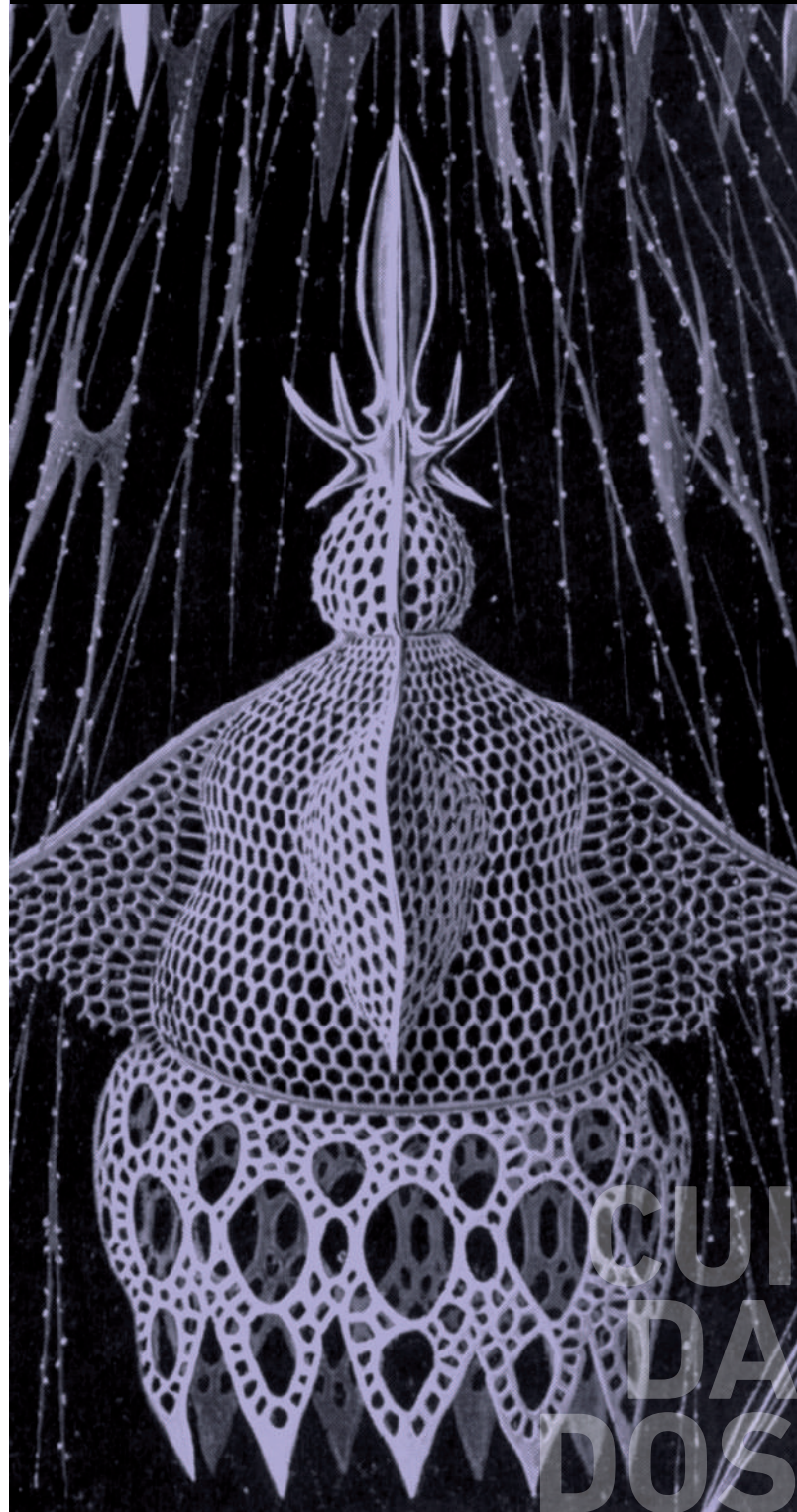
POR
JAVIER A. PINEDA DUQUE

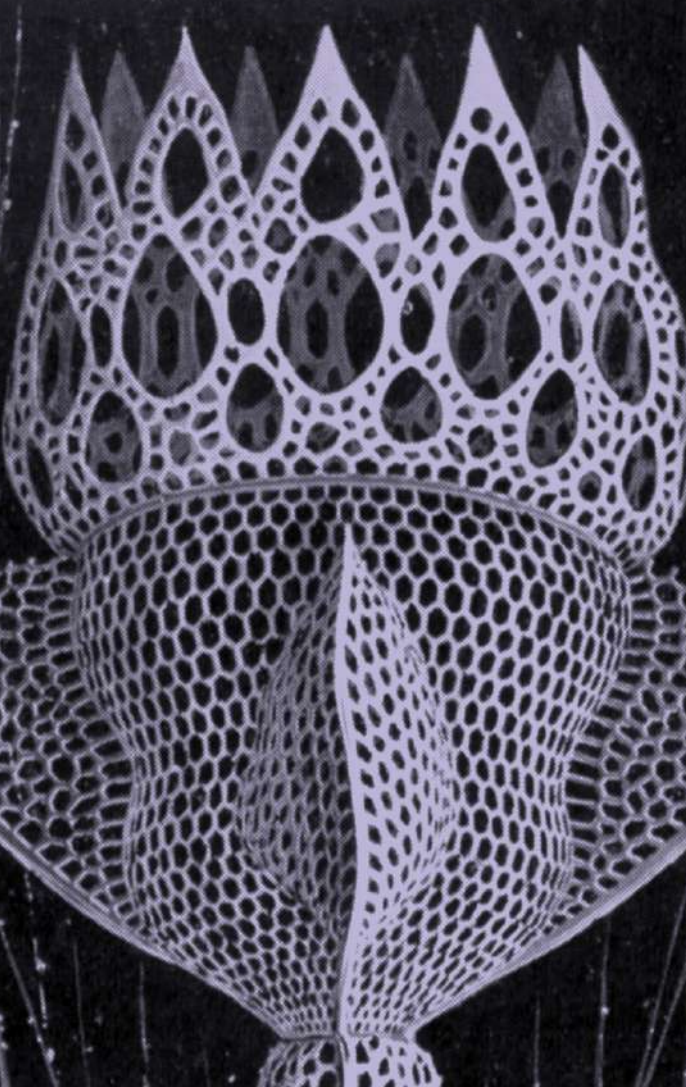
Profesor asociado, Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo (Cider), Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia. Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO "Cuidados y género".

Dos cosas ha hecho evidente la crisis sanitaria del coronavirus, ambas centrales en las discusiones sobre el desarrollo: primero, la distinción entre los fines y medios del desarrollo; segundo, la falacia de la dicotomía entre lo público y lo privado. En el primer caso, el surgimiento de los estudios sobre el desarrollo, como campo específico interdisciplinario de estudio, se dio sobre la crítica a las miradas reduccionistas que daban preponderancia a lo económico y subordinaban las demás dimensiones del problema. Esta discusión tomó fuerza a finales del siglo XX, a partir de la diferenciación de los fines y los medios del desarrollo. La pandemia hace evidente esta distinción: no podemos someter el ritmo de la vida al ritmo de lo económico, este es solo un medio y debe someterse al fin último de preservar y mejorar la vida. Esta premisa puso en duda los principios mismos de la modernidad: la centralidad del hombre (como humano –antropocentrismo– y como varón –androcentrismo–) y su superioridad sobre la tierra y lo no-humano, el principio de la razón, el universalismo y la idea de orden y progreso.

En el segundo, el aislamiento ante la pandemia ha hecho evidente cómo la vida pública y la privada son dos caras de la misma moneda. El pensamiento feminista acuñó justamente el concepto de género para explicar cómo la subordinación de la mujer, lo femenino y lo doméstico feminizado, no era producto de la naturaleza sino de la cultura, el poder y la organización social. Si la crisis actual pone en duda el antropocentrismo y la superioridad de lo humano sobre la naturaleza, también pone en duda el androcentrismo, la superioridad del hombre, lo masculino y lo público sobre lo doméstico, privado y femenino. Si algo se ha rescatado para preservar la vida, es la centralidad del hogar y lo femenino: del cuidado.

El cuidado, en sentido amplio, hace referencia a todas las actividades que se realizan en las sociedades para la conservación de la vida humana y de la naturaleza, lo cual incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades y nuestro entorno. Este cuidado se ejerce individual y colectivamente, en una red compleja para el sostenimiento de la vida. En sentido específico, se





El coronavirus ha puesto lo femenino en primer plano, el cuidado y lo doméstico, lo cual en alguna medida cuestiona la condición masculina.

ha resaltado el lugar privilegiado del cuidado: el hogar. Por eso se habla de la economía del cuidado como todo aquel trabajo directo e indirecto que se realiza en los hogares para el cuidado, especialmente de los más dependientes, que suele no ser remunerado y ha sido ejercido tradicional y mayoritariamente por mujeres. El hogar ha sido así un centro de producción, de consumo y, ahora, de control biopolítico.

Ahora que todas y todos estamos confinados en casa, se devela este sesgo de género en el cuidado. Muchas mujeres, por siglos, han estado confinadas al hogar; esto fue lo que, en parte, Betty Friedan denunció como “el malestar que no tiene nombre” en su libro *La mística de la feminidad* (1963), la obra quizás más influyente en el origen de la segunda ola feminista de los sesenta. El coronavirus ha puesto lo femenino en primer plano, el cuidado y lo doméstico, lo cual en alguna medida cuestiona la condición masculina. Entonces cabe preguntarnos: ¿qué está pasando con los hombres en el confinamiento?

En las redes sociales digitales han aparecido, a manera de burla o humor, videos de hombres subordinados en la cocina o en la vida doméstica. Estas imágenes ridiculizan el cuidado y reafirman los estereotipos de género en el hogar. Además, insisten en que las actividades de cuidado implican subordinación y, por tanto, una desmasculinización de los hombres. Si el cuidado está en el centro de la vida y es uno de los fines últimos de las sociedades, como nos lo enseña la crisis actual, ¿por qué insisten en su desvalorización?

Repetidas veces se ha mencionado que las mujeres salieron al mundo del trabajo remunerado manteniendo la mayor carga del trabajo de cuidado doméstico no remunerado, lo cual les impone barreras en el mercado laboral y grandes dilemas en la vida familiar. Los hombres, por su parte, no hemos hecho lo contrario. Seguimos, en el mejor de los casos, “ayudando” en la casa, sin reconocer responsabilidad plena en el cuidado. La disputa por el tiempo en las parejas con niños pequeños, junto a la infidelidad y la violencia masculina, sigue siendo una de las principales causas de rompimiento conyugal.

El coronavirus nos da a los hombres una especial oportunidad de aprender. El aislamiento que produce la pandemia genera una oportunidad epistemológica para que muchos hombres de todo tipo, y algunas mujeres privilegiadas, experimentemos la otredad en el cuidado: una vez enfrentados intensivamente a las demandas de tiempo entre las actividades de cuidado no remunerado y el trabajo remunerado en casa, con este intercambio cercano, podemos valorar lo que ha significado todo este trabajo directo o indirecto de cuidado. No es simplemente asumir el costo de oportunidad de dedicar tiempo a cuidar a los hijos, cocinar y lavar, frente a una mayor productividad en el trabajo remunerado. Es también comprender que la productividad otorgada por el mercado a este último se impone como producto de la desvalorización del primero. El hecho de que sea no remunerado no significa que no tenga un valor. No le hemos dado ese valor simplemente porque ha sido femenino, abundante (cinco millones

de amas de casa y setecientas mil trabajadoras domésticas) y, en su mayoría, no remunerado.

Después de aprobada la Ley de economía del cuidado en Colombia (Ley 1413 de 2010), el DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística) pudo realizar la Encuesta de Uso del Tiempo (ENUT) tres años después y estimar el valor de este trabajo: cerca del 20% del PIB; es decir, se trata del sector más grande de la economía colombiana. Hoy, frente al coronavirus, con trabajos mercantilizados que han regresado a casa, como la preparación de alimentos, esta participación bien podría haberse duplicado. Si queremos una sociedad que privilegie la vida, el cuidado debe valorizarse, al igual que las personas que cuidan. Solo cuidando podremos desarrollar y entender la ética del cuidado, el comprender y sentir las necesidades del otro, la vulnerabilidad del otro, que puede ser (y es) mi (y nuestra) vulnerabilidad, tratarlo como quisiera que a mí me trataran. Los hombres hemos estado centrados en nosotros mismos; el cuidado implica un desplazamiento hacia el otro inmediato y hacia el cuidado colectivo.

En varios proyectos de investigación, he venido demostrando cómo los procesos de mercantilización y socialización del cuidado en las últimas décadas en Colombia –como el cuidado de la vejez, el cuidado de la infancia, el cuidado de la apariencia y la belleza y el cuidado de la salud– han mantenido la desvalorización del trabajo de cuidado, en la medida en que son actividades altamente femeninas (Pineda Duque, 2019). En el caso del cuidado de la salud, centro de la contingencia del coronavirus, este es altamente feminizado (79% son mujeres) y sus condiciones de trabajo son altamente precarias, poniendo en dificultades el desarrollo de una ética del cuidado.

La importancia que ha ganado el cuidado en la agenda de política pública en América Latina señala la importancia de avanzar en su *redistribución*, entre hombres y mujeres, entre la sociedad, el Estado, el mercado y las familias; y en su reconocimiento, a fin de valorar este trabajo para mejorar la vida. Es decir, avanzar hacia una sociedad cuidadora es reconocer el trabajo femenino y su ética, como también el silencio de los privilegiados, como lo señala Joan Tronto (2013). ●

Bibliografía

- Pineda Duque, Javier A. (2019). Trabajo de cuidado: mercantilización y desvalorización. *Revista CS*, número especial, 111-136. Recuperado de: <https://doi.org/10.18046/recs.iEspecial.3218>.
- Tronto, Joan (2013). *Caring Democracy: Markets, Equality, and Justice*. New York: NYU Press.

Si el cuidado está en el centro de la vida y es uno de los fines últimos de las sociedades, como nos lo enseña la crisis actual, ¿por qué insisten en su desvalorización?

Este artículo integra la Biblioteca en Acceso Abierto

Pensar la Pandemia
OBSERVATORIO SOCIAL DEL CORONAVIRUS

www.clacso.org.ar/biblioteca_pandemia

Con el apoyo de  **Asdi**